

Hay un ateísmo de la inteligencia, pero hay, sobre todo, un ateísmo de la vida, que es no sólo el más extendido sino que es, en definitiva, la forma más grave del ateísmo. Desde luego que la negación intelectual de la existencia de Dios es ya una de las fases del ateísmo de la vida, en cuanto, a la vez, es parte de él y puede ser su consecuencia o su origen; pero una inteligencia atea no es el aspecto más grave del ateísmo sino en cuanto es expresión de una vida atea y conduce a ella o en cuanto pretende ser la justificación intelectual de una vida que previamente se había desligado ya de Dios. De este ateísmo que lo trivializaríamos llamándolo práctico pues dice relación a una dimensión del hombre mucho más total y profunda, supuesto que es una de las características de nuestro tiempo en el cristianismo y fuera de él, no será inútil estudiar su razón de ser y su estructura.

Este ateísmo de la vida que provisoriamente pudiéramos caracterizar como la negación en la vida de la existencia de Dios, como una vida que se desarrolla en todas sus manifestaciones ignorando absolutamente lo que Dios es en sí y, sobre todo, respecto de ella, es una especial forma que no sólo adopta de ordinario el existente humano sino que se siente inclinado a ella por la misma estructura actual de su existencia. En este sentido tal vez fuera más apropiado hablar de irreligiosidad que de ateísmo, pero a condición que se entendiera ese término con toda la gravedad que entraña como contrapuesto a religiosidad. La religión, en efecto, como forma de vida, es decir, como religiosidad, implica una actitud de la vida entera respecto de Dios, y la irreligiosidad por ser su contrario implica asimismo la vida entera en cuanto desligada de Dios, dentro de ese ámbito de totalidad propio de la religión. La religión es, sin duda, el estrato más profundo y total del hombre puesto que sólo ante el Ser Infinito pueden desplegarse todas nuestras posibilidades en la entera capacidad y profundidad de las mismas, y puesto que, en definitiva, la religión no es sino el reconocimiento ontológico con todo lo que esto significa de totalidad consciente y libre de lo que ópticamente somos respecto de Dios. Dios, al crearnos, nos ha dado un ser que no sólo procede de El y depende de El, sino que además tiende a El en su más íntima esencia y en su más profunda necesidad, aunque nos ha dejado en libertad para que aceptemos ser lo que somos, para que nos decidamos conscientemente a ser lo que El ha querido que seamos. Precisamente este reconocer y vivir lo que somos respecto de Dios es la religiosidad, la religión como forma de vida; y como se trata de reconocer y vivir lo que constituye la total esencia metafísica de nuestro ser, lo que es nuestro ser entero sin dejar nada fuera de sí, síguese que la religión como religiosidad es la forma más total y profunda que el hombre puede y debe a-



doptar; de suerte que un hombre irreligioso es, por lo mismo, un hombre trunco, que no es lo que es, inconsistente, pues, constitutivamente. Es ist unmöglich, dass dem Menschen die Transzendenz verloren hat, ohne dass er aufhört, Mensch zu sein, lo cual ya San Agustín había expresado hablando de la única forma de religión total y perfecta, el cristianismo: "~~ix-xxxxxxx~~ Fiant quod non sunt, ut possint servare quod sunt, hoc est, fiant catholici, ut possint servare quod homines sunt. (Sermón, 139).

Si esto es así se suscita inmediatamente la pregunta: ¿ cómo es posible que siendo el hombre sustancialmente "ligión" con Dios propenda a no vivir en "religión" con El? Como respuesta no basta con acudir a la libertad humana, porque si la irreligiosidad es un "factum" universal tendrá una explicación esencial en relación con la necesaria forma de existir propia del hombre, con la estructura existencial de su naturaleza. Basta con observar nuestro tiempo, basta con vernos a nosotros por dentro como hombres de nuestro tiempo, para vernos como lanzados espontáneamente a la irreligiosidad, al olvido vital de Dios, de modo que nuestro esfuerzo tiene que ejercitarse en ser religiosos y no en lo contrario. El tomar conciencia de esta tentación de irreligiosidad que es nuestro modo de vivir mismo nos ayudará a situarnos en una actitud auténticamente religiosa.

Ciertamente el hombre no es posible sin Dios; nuestro ser es lo que es por lo que ha recibido de Dios, y lo que ha recibido es un ser que viene todo de él y tiende todo a El, no siendo la religión sino el volver a religar voluntariamente, deliberadamente lo que ya de por sí estaba ónticamente ligado. Pero el ser que Dios ha dado al hombre es un ser histórico, algo que se puede ir realizando de distintos modos, pues es un ser libre capaz de liberarse del curso obligante de la naturaleza si no siempre como realidad sí al menos como conciencia, y capaz, entre ciertos límites, de irse haciendo la existencia que acepte como suya. Esto hace que inmediatamente surja una dualidad entre el yo que somos y que es, de un modo u otro, el que debe ser, el que no es sí mismo sino en coincidencia con su ser ideal, y la vida que llevamos que puede conformarse o no con las exigencias auténticas de ese yo. "Mientras la vida transcurre y pasa, el hombre es lo que le queda de suyo después que le ha pasado todo lo que le tiene que pasar". La vida que el yo lleva influye, sin duda, sobre su misma forma de ser, pero, en definitiva, es el yo quien puede en gran parte hacer su vida libremente; debido a esta separación del yo respecto de la vida fundada en la libertad, es el hombre en alguna medida un ser absoluto, suelto de su propia vida, de las cosas y de los demás. Sobre eso el hombre no tiene conciencia inmediata de su proceder de Dios ni de su vinculación a El, lo cual ya de por sí llevaría a vivir en pleno olvido vital de la divinidad, supuestos el horror y la poca fe que tenemos en el profundizar intelectual; pero además lo que le

siente en su conciencia no profundizada es un ser autónomo y desligado, que se va haciendo a sí mismo a golpes de la propia libertad y que, por tanto, tiene un ser absolutamente suyo, debido a su iniciativa y esfuerzo, independiente de lo que no sea él mismo y su voluntad; aun frente a lo que nos pasa y no hacemos, tenemos conciencia de que por pasarnos a nosotros es ya nuestro y de ningún otro. ¿Quién ha hecho mi vida, mi ser histórico sino la libertad de mi propio yo, y cómo será todo ello personal sino a costa de independizarse de todo lo que no sea ese yo? se preguntará el hombre con tanta mayor insistencia cuanto sea mayor el monto de sus realizaciones y personalidad. Así se empieza a entender cómo lo difícil es descubrir a Dios cuando lo problemático debiera ser el encubrirlo, cómo lo difícil puede ser vivir de Dios y para Dios cuando lo problemático debiera ser la posibilidad de no vivir de El, para El y en El.

La irreligiosidad, pues, está a las puertas de nuestra secular forma de ser personas: el hombre es ya una persona, pero no puede verificar esa persona, sostenerla en la vida sino realizando en ella una personalidad, pues la personalidad sólo se realiza viviendo. Y aquí está la segunda raíz de la desligación y la irreligiosidad: la vida que es menester vivir para ir realizando nuestro yo cuenta con todas las facilidades para ahogarnos en ~~ella~~ su complejidad; cuanto más vida irrumpe en el ámbito de nuestro yo es más difícil ser persona, aunque no hay modo de ser más intensamente personal que viviendo más y más intensamente; de ordinario no se es capaz de personalizar la vida sino que ésta va despersonalizando al yo, uniformándolo con los otros, como uno de tantos cantos rodados modelados por las aguas del río. Perdidos en la complejidad de la vida, precisamente por estar perdidos en ella y dominados por ella, tendemos a identificar nuestro ser con nuestra vida, con nuestra personal historia más hecha por las cosas que por nosotros mismos; una vez atenidos a lo que parece con menoscabo de lo que es, supuesto que Dios gusta de esconderse, y creyendo que no tenemos más ser que el que vivimos, el que nos vamos haciendo, resulta que cada vez más no sólo nos olvidaremos de Dios sino que nos iremos autoafirmando como causas de nosotros mismos, nos iremos deificando. La persona se siente suficiente para hacerse a sí misma debido al éxito de sus fuerzas para vivir y al olvido de que si su hacerse se debe en parte importantísima a sí mismo, la posibilidad de hacerse, el ser constituido en tal modo de hacerse le ha sido radicalmente dado por Otro. Es así el éxito de la vida el gran creador de la irreligiosidad pues nos hace confiar radicalmente en nuestras fuerzas para ser. No es otra cosa lo que San Juan llamó soberbia de la vida, la cual no viene del Padre sino que nos aleja de El porque proviene del mundo. (Ido., 2, 16). Si la religión no es más que el reconocimiento vivo y total de la absolutez de nuestra dependencia y de la obligatoriedad de nuestra tendencia a Dios, lo que nos lleva a sentirnos suficientes en nosotros mismos nos lleva a

la irreligiosidad. Esta aversión a Deo que es uno de los elementos integrantes del pecado es también uno de los constitutivos formales de la irreligiosidad como situación de quien vive apartado de Dios por estar vuelto sobre sí mismo y su vida. Pero si es verdadero todo el análisis hasta aquí realizado, resulta que la irreligiosidad no es sino una forma falsa de religión cuyo dios es la propia vida o, tal vez, el propio yo; no es sino la consecuencia intelectual y vital del mismo proceso que lleva a la religión verdadera, recorrido a través de una vía falsa; esto nos aclara dos cosas: una, que el hombre necesita ineludiblemente de una actitud religiosa para hacerse a sí mismo y sostenerse en la vida; otra, que la irreligiosidad como forma falsa de la religión si es consecuente consigo misma tiene que desplomarse porque está edificada sobre la negación vital de nuestro ser y nuestra verdad más profundos.

Vistas ya dos fuentes de irreligiosidad: el tenernos que ir haciendo lo que somos históricamente viviendo, y el peligro de deificarnos al confundir nuestro ser con la vida que vamos llevando, entramos en la tercera consistente en que el "mundo" con el que necesariamente tenemos que hacer nuestra vida es hoy especialmente irreligioso. Mi vida que, a su vez, condicionará mi yo está condicionada en gran parte por todo lo que no es ese yo: que mi vida es lo que es por un yo pero también por una circunstancia no es una frase paradójica sino una profunda realidad. * Ciertamente todo ese mundo es teístico y aun cristiano o, por lo menos, cristianizable por quien lo vive, pero esas dimensiones teísticas y cristianas no se ofrecen fácilmente a quien está abierto a las cosas más por las facultades sensitivas que por las espirituales. Por eso, de hecho lo que va co-operando con el yo en nuestra vida es un mundo arreligioso que nos va des cristianizando paulatinamente.

Nuestra época, efectivamente, se enfrenta al mundo de una manera superficial. En tiempos idos se lanzaban desde el mundo cinco vías para alcanzar la existencia de Dios; hoy se necesitan conocer demasiadas cosas con tal rapidez y agitación que es imposible todo sosegado avance trascendente: más que nunca hay que hablar a los sentidos, a los ojos especialmente si se quiere ser escuchado. Nuestra época, además, se enfrenta al mundo de una manera despersonalizada, ya que de ordinario en la vida de cada uno casi todo procede predeterminadamente o de factores biológicos y psicológicos necesitantes, o de incitaciones exteriores que dejan sin actuación auténtica a nuestra libertad: se carece de intimidad, de reclusión meditativa y solitaria dentro de sí y, por tanto, de mismidad. Ahora bien con esta doble característica de superficialidad y alteración es claro que lo que del mundo entre en nuestras vidas no tendrá nada de religioso o cristiano: cada vez nuestra vida está haciéndose más por lo otro que por el yo, de lo otro además captado en sus



dimensiones más superficiales y, por tanto, va nuestra vida alejándose más y más de lo religioso que es sustantivamente algo personal y profundo, pero por lo mismo va también alejándose de su ser más esencial y libre.

Hoy nos es casi imposible volver a atrás en este camino: nuestra vida se ha ido haciendo de apetencias sensitivas, de intereses y gustos mundanos, de apariencias fáciles; no ha sido difícil dejar morir las exigencias más elevadas del yo porque nunca las hemos vivido como nuestra vida sino, a lo más, como una extrínseca necesidad obligante que nos dejaba vacíos. Era muy tentador dejar morir el ser cuando realmente no se sabe lo que se hace y no se ha convertido en vida; ¿pero como morir ahora a lo que vivimos, a lo que es nuestra vida y, en apariencia, nuestro todo? En la muerte de lo que somos hay ciertamente una personal ruptura, una insatisfacción profunda que intentamos y logramos olvidar a base de no encontrarnos a solas para evitar la verdad de nosotros mismos; en la muerte de lo que vivimos hay aparentemente, vitalmente mucho más porque en ella se da una aniquilación de la vida sin que se de una aniquilación de la conciencia. Viene a ser como una operación en carne viva con la diferencia de ser soportada a plena conciencia en un caso, e inconscientemente en el otro.

Y, sin embargo, hay que morir a esa vida porque está levantada sobre la negación y la muerte de nuestro ser auténtico, si es que realmente queremos vivir. El que quiera salvar esa vida ~~se~~ se perderá, así como el que la pierda se ganará. ¿Por qué aun viéndolo así el hombre cristiano no se decide a morir para encontrar la vida verdadera? La respuesta es compleja y apenas admite un denominador común para todas las vidas; la respuesta es, además, distinta para cada época. En la nuestra se ha querido centrarla en la soberbia: nuestro tiempo contento de sí mismo, de sus fuerzas confía en que por sí solo podrá ir resolviendo todas las dificultades que se le presenten y niega, en consecuencia, que sea necesario morir para acudir a una vida que no procede de él, que es supramundana. Algo de esto hay sin duda, pero probablemente más puede considerarse como efecto de una situación más profunda que como causa de nuestra situación de irreligiosidad, de entrega a este mundo y olvido de Dios. No se puede decir, efectivamente, que la actitud de nuestro mundo sea la negación de un Dios conocido como tal al que se anteponen un yo humano y unas fuerzas terrenales; sino, más bien, la actitud superficial del que cree conocerlo todo no habiendo siquiera comenzado a profundizar en la realidad o la actitud cobarde de quien habiendo visto esa realidad no se atreve a vivir conforme a ella. La palabra que nos caracteriza no es tanto la de soberbia como la de estupidez y cobardía: debilidad de la mente y debilidad del corazón. Nuestra época está llena de dos clases de hombres: unos manificados que no operan sino conforme a los estímulos de fuera, y otros psicológicamente tarados, inseguros de sí mismos, clientes potenciales de alienistas y siquiátras, cuyas reacciones de altivez, de falsa energía frente a los que creen débiles no son si-

no movimientos de náufragos para sobrenadar en un medio en el que son incapaces de sostenerse por la sencilla afirmación de un ser auténticamente desarrollado.

Y esta es la cuarta fuente de nuestra irreligiosidad: la cobardía, el miedo a ser nosotros mismos, a conformar nuestra vida con nuestro ser: huimos de Dios porque en definitiva tenemos miedo de nosotros mismos, y es Dios el supremo garante de nuestro ser, el que nos obliga a una autenticidad ontológica y moral para la que no nos sentimos con fuerzas, el que nos urge a ser nosotros mismos, a hacer desde nuestro deber ser la vida sin dejarla que ande desvivida entre las cosas, sus atracciones y repulsiones. Sería fácil una aproximación momentánea a Dios entrevisto sólo como perdonador o como dador de un milagro, pero el acercamiento constante de él no sólo de la conciencia sino, sobre todo, de la vida que es la esencia de la religión, comprometería de tal modo a ésta que preferimos perder conciencia de la realidad y huir de Dios, una vez recibida la parte de su herencia para dilapidarla en la mentira de nosotros mismos. No se le desprecia a Dios sino que se le teme y por eso se le huye; y se le teme porque nos exige nuestro mejor ser, nuestro vestido de gloria cuando preferimos arrastrarnos entre harapos. Esto mismo viene a ser la contraprueba de cómo la religión es la dimensión más profunda de nuestro ser, y de cómo la irreligiosidad es propia de una existancia que no ha llegado hasta el fondo de sí misma ni noética ni existencialmente.

No nos corresponde ahora analizar las formas concretas en que puede refugiarse una vida para ser irreligiosa ni la génesis concreta de cada una de ellas, dentro del ámbito común de apartarse de la voluntad de Dios que exige nuestro mejor ser y promete a nuestro mejor ser la plenitud y la felicidad. Ese mejor ser nuestro no es exclusiva ni predominantemente autónomo, sensitivo o temporal, triple tentación por la que huimos de nosotros mismos; ese mejor ser nuestro que es en el que nos encontramos religiosos no es lo que se nos presenta más a mano ni dentro ni fuera de nosotros sino que es preciso reconquistarlo a contracorriente de nuestras tendencias más fuertes y de la mayor parte de las incitaciones que nos vienen del exterior. Dejados a nosotros mismos, siguiendo el curso de nuestras apetencias nos iríamos alejando como naturalmente de nuestro ser religioso verdadero; que esas apetencias no sean las más profundas y plenas de nuestro ser es algo que puede demostrarse pero que de ordinario no se siente, pues son las que por el proceso estudiado llevan consigo toda la energía y el caudal de nuestra vida.

Este huir de nosotros mismos es una situación de pecado, porque es ya como situación en una aversión de lo que de Dios hay en nosotros mismos como ley natural y como ley personal, una forma profunda de irreligiosidad, de huida de lo que en nosotros hay de exigencia universal pero tam-

bién de especial obligatoriedad personal que exige de nuestra intransferible e irrepetible individualidad. Y esto no sólo en cuanto suma de actos distintos que se apartan de nuestro deber ser personal y de la voluntad de Dios sino como situación, como estado de quien huye de sí mismo y de Dios. Ciertamente esta doble huida tiene una voluntariedad muy reducida, pues como hemos visto procede de una situación original que propende como naturalmente al olvido de Dios, se refuerza por nuestra ~~situación~~ especial situación personal con sus dos vertientes de rebeldía y debilidad, y se consume por la situación histórica de nuestro mundo. Y sin embargo a esta triple situación de pecado, de huida de Dios y vuelta a nuestro ser falso a la que nos incita ese triple plano de lo original, de lo personal y de lo histórico, podemos y debemos hacer frente apoyados asimismo en lo que en nosotros hay de original de personal y de histórico: frente a un pecado original, personal e histórico tenemos también un ser y una gracia originales, personales e históricos, con los que en la lucha irremisible se nos ha dado la esperanza cierta de la posibilidad del triunfo.

Nada de esto quiere ser una prueba apriórica de que en el origen de la humanidad hubo una caída que la orientó hacia el pecado o de que necesitamos una gracia estrictamente entendida para poder cumplir con las exigencias morales y religiosas de nuestro ser considerado específica y personalmente, sino a lo más una constatación de una situación real que fenomenológicamente se nos presenta como la hemos descrito. Como en la primera semana de los Ejercicios de San Ignacio el conocimiento de sí mismo lleva a la persuasión de que en algún sentido somos pecado en cuanto somos pecadores y estamos en situación de pecado, y de que, por tanto, no tenemos salvación ni aun como hombres sino en la cruz redentora de Cristo. Si la irreligiosidad tiene raíces intrínsecas, al menos en nuestra naturaleza histórica, su salvación tiene que estar en una sobrenaturaleza histórica que nos ha sido dada en la gracia de Cristo. Y esto nos lleva a la persuasión jubilosa de que solo el cristianismo puede ser aquella religión que une de nuevo al hombre consigo mismo y con Dios, de que sólo el cristianismo es la más profunda forma de humanidad que hace al hombre ser religioso de una forma total y plena. Era el pensamiento que antes oíamos a través de las palabras de San Agustín: *Fiant quod non sunt ut possint servare quod sunt, hoc est, fiant catholici ut possint servare quod homines sunt: ut non in illis pereat Dei creatura accedat Dei gratia.*

